

PRESENTACIÓN

LA IGLESIA, ARCA DE LA VIDA CRISTIANA

«El Señor dijo a Noé: Entra en el arca con toda tu familia, pues tú eres el único justo que he encontrado en tu generación...» (Gén 7,1). El arca de Noé ha sido desde muy antiguo una figura de la Iglesia que salva a los hombres del juicio de Dios por medio del agua. Si en la tradición del siglo II el arca de madera era figura de la cruz, a partir probablemente de Tertuliano en el siglo III se ve en ella la figura de la Iglesia: «Nullum animal in idololatren figuratum est. Quod in arca non fuit, in Ecclesia non sit»<sup>1</sup>. El escritor cartaginés compara a los idólatras con animales que no pueden entrar en el tipo del arca, es decir, en la Iglesia. Con la expresión, «lo que no estuvo en el arca que no esté en la Iglesia», apunta a un criterio de pertenencia eclesial que es un don de Dios que es necesario aprender a custodiar.

El acontecimiento del arca y el diluvio no es algo aislado, sino que es una clave que recorre transversalmente la historia de la salvación. Los profetas ya anunciaron un diluvio del cual debe escapar un resto. Porque la salvación del diluvio es simultáneamente un acontecimiento del pasado y del futuro. De este modo, el Nuevo Testamento presentará ese diluvio en la muerte de Cristo y el resto en su Resurrección. Los Padres de la Iglesia aplican todo esto a la vida cristiana. Siguiendo esta antiquísima tradición, queremos indagar este misterioso nexo entre la salvación de Dios a través de la Iglesia que se refleja en el drama de la vida cristiana.

<sup>1</sup> TERTULIANO, *De idolatria* 24, 4 (CCL 2, 1124).

La salvación de Noé y su familia, y la liberación de Moisés y el pueblo elegido en el Éxodo son las dos grandes acciones de Dios que aparecen estrechamente relacionadas entre sí en los textos de la Escritura. Noé es bisagra entre dos mundos, el antiguo y el nuevo. Forma parte del mundo antiguo y se salva de la catástrofe para ser principio de un mundo futuro. La etimología del nombre de Noé se hace derivar de la raíz *nouah* que significa «el resto» (cf. Eclo 44,16-18).

En cuanto figura de salvación universal, Noé es tipo de Cristo. La primera carta de san Pedro lo muestra del siguiente modo:

Porque también Cristo sufrió su pasión, de una vez para siempre, por los pecados, el justo por los injustos, para conducirnos a Dios. Muerto en la carne pero vivificado en el Espíritu; en el espíritu fue a predicar incluso a los espíritus en prisión, a los desobedientes en otro tiempo, cuando la paciencia de Dios aguardaba, en los días de Noé, a que se construyera el arca, para que unos pocos, es decir, ocho personas, se salvaran por medio del agua. Aquello era también un símbolo del bautismo que actualmente os está salvando, que no es purificación de una mancha física, sino petición a Dios de una buena conciencia, por la resurrección de Jesucristo, el cual fue al cielo, está sentado a la derecha de Dios y tiene a su disposición ángeles, potestades y poderes (1 Pe 3,18-22).

La primera carta de Pedro se piensa que es expresión de la catequesis romana. En esta tradición, reflejada en el arte de las catacumbas, el arca es figura del bautismo y de la Iglesia. Si Noé es tipo del único justo, Cristo, el arca es tipo de la Iglesia como comunidad de salvación<sup>2</sup>. El arca es designada como casa de madera que es guiada con el arte celeste y de la cual brota una nueva generación. La Iglesia es la comunidad definitiva

<sup>2</sup> Cf. H. RAHNER, «L'arca di Noè come nave di salvezza», en ÍD., *Simboli della Chiesa. Ecclesiologia dei Padri* (San Paolo, Milán 1995) 865-958.

de la familia salvada por el único Noé. Ella es construida con la madera de la cruz de Cristo. El número de personas que entran en el arca (2 Pe 2,5) es también simbólico. El número ocho simboliza el nuevo inicio, el nuevo nacimiento. El diluvio universal es tipo del juicio final, concebido como diluvio universal de fuego. El único Noé, como el único Adán y la única descendencia de Abrahán se convierten, de este modo, en figura ejemplar del único salvador, Cristo. Noé aparece representado con frecuencia en las catacumbas con la figura del orante. San Juan Crisóstomo enfatiza los elementos simbólicos del relato del diluvio del siguiente modo:

El relato del diluvio es un sacramento y sus detalles una figura de las cosas venideras. El arca es la Iglesia; Noé, Cristo; la paloma, el Espíritu Santo; el ramo de olivo, el amor de Dios a los hombres. Igual que el arca protegía, en medio del mar, a los que estaban dentro de ella, así la Iglesia salva a los extraviados. Pero el arca se limitaba a proteger; la Iglesia hace más. Por ejemplo, el arca recibía bestias irracionales y las conservaba irracionales; la Iglesia recibe hombres sin *logos* y no se limita a conservarlos, sino que los transforma<sup>3</sup>.

La simbología náutica ocupa un lugar destacado en la ecle-siología de los Padres. Esta simbología proviene de dos fuentes fundamentales: por un lado, el mundo bíblico, singularmente los acontecimientos de la vida de Jesús en torno al mar de Tiberíades y la barca de Pedro; por otra, el mundo griego y su cultura dominada por el agua como elemento primordial que configura Grecia, pues el mar fue el lazo de unión entre el continente y las más de dos mil islas desperdigadas por el Egeo. Junto a los fenicios, los griegos fueron los grandes navegantes de la antigüedad. Dado que en aquellos tiempos los barcos se construían de madera, así se concibe la Iglesia como una nave formada por diferentes maderos, dirigida y guiada por el mástil que es la cruz

<sup>3</sup> SAN JUAN CRISÓSTOMO, *De Lazaro* 6 (PG 48,1037-1038).

de Cristo. La importancia de la cruz en la teología primitiva es indudable. La cruz, ya desde el mismo misterio de la creación, transforma el espacio en un templo. La acción simultáneamente vivificante e iluminadora de la cruz se pone de relieve sobre todo en el bautismo. Es muy característico este nexo entre la cruz y su *dynamis* sacramental asociada a la acción del Espíritu. Es el soplo del Paráclito quien da sentido a la historia y la conduce hacia su definitiva consumación.

La Iglesia ofrece un modo concreto de vivir. Esta forma de habitar el mundo lo recibe del mismo Cristo. Todo hombre desea ser feliz y la atracción que experimenta hacia tantos bienes que le solicitan configura posibles caminos de vida lograda. Cada uno realiza su propio itinerario, pero lo hace siempre acompañado de otros que también buscan la bienaventuranza. Esta búsqueda común de un destino pleno no es ajena a la realidad de la Iglesia. Ser cristiano es un acontecimiento que orienta la totalidad de la vida del hombre hacia la plenitud de la comunión con Cristo y con los demás. La Iglesia como nave de Cristo está siempre en movimiento, surcando las aguas de la historia en dirección hacia su consumación definitiva. Y está siempre en construcción, pues se renueva permanentemente en las aguas bautismales. Las frecuentes representaciones del arca en las catacumbas, en relación con el bautismo, parece que hay que interpretarlas en esta clave hermenéutica. Sus miembros se alimentan de la Eucaristía. Nutriéndose y asimilando el Cuerpo de Cristo, el cristiano se va divinizando y adquiriendo la forma gloriosa de Cristo en su carne. Este dinamismo eclesial que tiene como ejes el Bautismo y la Eucaristía modula la actividad de los cristianos en este mundo. Con la fuerza del viento del Espíritu que no deja de soplar desde los orígenes del mundo, la Iglesia es impulsada hacia la consumación, hacia el *eschathon* de la resurrección final.

Es el Espíritu quien mueve al hombre hacia Cristo y, a través de Él, al Padre. La acción humana está envuelta miste-

riosamente por un dinamismo trinitario que conduce a la comunión como fin último de la existencia humana. Si el fundamento de la moral es seguir a Cristo (VS 19), este seguimiento se realiza en la Iglesia como lugar donde se puede encontrar a Cristo y experimentar la fascinante atracción de vivir con Él y para Él. Este don inmerecido y gratuito sella la vida entera de una persona, pues es capaz de colmar sobreabundantemente el deseo de felicidad que se esconde en el corazón humano.

El dinamismo sacramental tiene su origen en el don de la conversión que Dios ofrece al hombre en la piscina bautismal. En el Bautismo no solamente desaparece todo pecado, sino que el neófito es revestido de Cristo. La presencia singular de Dios en el hombre por la gracia instituye un verdadero y auténtico nuevo nacimiento. Tertuliano, ya en el siglo III, afirma al respecto que «los cristianos no nacen, se hacen»<sup>4</sup>. Nacer de nuevo, nacer del agua y del Espíritu orienta al cristiano hacia la esperanza escatológica. Cristo nos engendra en la Iglesia por el Bautismo, para que, así como Cristo resucitó, también nosotros vivamos vida nueva. La incorporación a la comunidad cristiana es el modo concreto de la pertenencia a Cristo del nuevo bautizado.

Los tres elementos de la tipología del arca, la Iglesia, el madero de la cruz y el agua bautismal van inseparablemente unidos en la teología cristiana primitiva. El simbolismo del arca de Noé como modelo de la Iglesia en cuyo seno los hombres son liberados del juicio de Dios mediante el agua es un tema muy frecuente en los Padres de la Iglesia. En efecto, para la eclesiología patrística el arca de Noé se convierte en el principio de la nueva estirpe de los salvados, porque ella, a semejanza de un seno materno, contiene las semillas de la nueva vida. Del mismo modo, está la idea de que la Iglesia genera a sus hijos de su seno materno.

<sup>4</sup> TERTULIANO, *El Apologético* 18,4 (CCL 1, 119).

La vida cristiana recibida en el Bautismo alcanza su culmen en la Eucaristía por la que nos vamos transformando a imagen de Cristo glorioso. Los sacramentos nos abren un espacio y nos introducen en una historia. La pérdida de espacios acogedores y de tiempos narrables que humanicen la vida hace hoy más necesario reflexionar sobre cómo generar el sujeto cristiano.

Por ello queremos en estas páginas reflexionar sobre la vida en Cristo a la luz del misterio de la Iglesia. La originalidad de la moral cristiana puede captarse en la medida en que se ama a la Iglesia como Cuerpo vivo de Cristo. Las bienaventuranzas del Sermón del Monte se pronuncian en plural, no por casualidad, sino porque contienen una estructura comunal. Si el hombre feliz necesita amigos, la compañía de la Iglesia como Madre y Maestra no es optativa, sino totalmente necesaria para la experiencia cristiana. La vida moral requiere un lugar, un espacio donde se hace posible vivir la amistad con Jesús y con los hermanos.

El título elegido quiere indicar cómo la Iglesia es el lugar de la verdadera libertad. San Ireneo de Lyon, en los albores de la teología cristiana, afirmaba: «Donde está la Iglesia, allí está también el Espíritu de Dios; y donde está el Espíritu de Dios, allí está también la Iglesia y toda gracia, pues el Espíritu es la verdad (1 Jn 5,6)»<sup>5</sup>. El Concilio Vaticano II se inspiró en este texto para impulsar un rejuvenecimiento de la Iglesia<sup>6</sup>. La renovación de la moral en una posmodernidad caracterizada por espacios desmaterializados, por un espacio social mutante, repleta de solitarios interconectados, tal como la describe Bauman en el libro-entrevista que lleva como significativo título *Babel*<sup>7</sup>, pasa por reconstruir el sujeto cristiano, y para ello es

<sup>5</sup> SAN IRENEO DE LYON, *Adversus haereses*, III, 24,1.

<sup>6</sup> Cf. J. L. MORENO, «El Espíritu Santo rejuvenece a la Iglesia». De Ireneo al Vaticano II», en P. RODRÍGUEZ y otros (eds.), *El Espíritu Santo y la Iglesia*. XIX Simposio Internacional de Teología de la Universidad de Navarra (SPUN, Pamplona 1999) 611-620.

<sup>7</sup> Cf. Z. BAUMAN – E. MAURO, *Babel* (Laterza, Roma-Bari 2015).



necesario un ambiente, un lugar, una morada donde generar y ser generado, regenerar y ser regenerado. La experiencia moral nace y se desarrolla en el seno de la Iglesia de un modo totalmente singular. El arca de Noé y la torre de Babel contienen lógicas muy diferentes desde el punto de vista práctico. La acción de Dios es la gran protagonista de la primera, que solicita la colaboración de Noé para construir; la acción humana es la que se privilegia en la segunda, concebida técnicamente y capaz de tocar el cielo.

Un libro siempre es fruto de multitud de personas que, de un modo u otro, lo han hecho posible. Por este motivo deseo agradecer, en primer lugar, a la Universidad San Dámaso, en cuyo seno se gestó la obra. Gracias a los colegas y los alumnos que durante estos años en el bienio de Moral de la Facultad de Teología han contribuido con sus comentarios, preguntas y sugerencias al contenido de las páginas que siguen. Mi gratitud se dirige también a Mons. Livio Melina, cuyo curso sobre este tema en el doctorado en Roma en el Instituto Teológico Juan Pablo II se encuentra en la génesis primera de la obra. Junto con él a los profesores del área de investigación en Teología moral fundamental que dirige el profesor D. Juan José Pérez-Soba. Un agradecimiento singular a mi congregación religiosa, particularmente a nuestro Superior General, el P. José Noriega, por su aliento y confianza, y al P. Luis Granados por sus comentarios y aportaciones al manuscrito. Mi reconocimiento se extiende también a D.<sup>a</sup> Inmaculada Román, directora de la casa diocesana de espiritualidad de Málaga, que me ha acogido con tanta atención y hospitalidad en periodos dedicados al estudio estos años. Finalmente agradezco a D.<sup>a</sup> Camino Cañón y su equipo editorial, por la cordial acogida del proyecto y hacer posible su publicación en la BAC.

Madrid, 25 de julio de 2018  
Solemnidad de Santiago Apóstol